

De esta manera prosiguió me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome más que a la madre que le parió. Y ¿ por qué pensáis que lo ha hecho ? ¿ Montas que le di yo ocasión para ello ? No por cierto. No lo hizo más sino porque estando jugando y perdiendo, me envió a pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié más de veinticuatro, que el trabajo y afán con que yo los había ganado, ruego yo a los cielos que vaya en descuento de mis pecados. Y en pago de esta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginación había hecho de lo que yo podría tener, esta mañana me sacó al campo detrás de la huerta del rey, y allí entre unos olivares, me desnudó, y con la pretina, sin excusar ni recoger los hierros que en malos grillos y hierros le vea yo, me dio tantos azotes que me dejó por muerta. De la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que miráis.

Aquí tornó a levantar las voces, aquí volvió a pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban.

La Gananciosa tomó la mano a consolarla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenía porque le hubiera pasado otro tanto con su querido.

250

Porque quiero dijo que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que a lo que se quiere bien se castiga, y cuando estos bellacones nos dan, y azotan y acocean, entonces nos adoran. Si no, confíesame una verdad por tu vida: después que te hubo Repolido castigado y brumado ¿ no te hizo alguna caricia ?

¿ Cómo una ? respondió la llorosa. Cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él a su posada; y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.

No hay dudar en eso replicó la Gananciosa. Y lloraría él de pena de ver cual te había puesto, que estos tales hombres, y en tales casos, no han cometido la culpa cuando les viene el arrepentimiento. Y tú verás, hermana, si no viene a buscarte antes de que aquí nos vamos, y a pedirte perdón de todo lo pasado, rindiéndosele como un cordero.

En verdad respondió Monipodio que no ha de entrar por estas puertas el cobarde envesado si primero no hace una magnifiesta penitencia del cometido delito. ¿ Las manos había él de ser osado ponerlas

en el rostro de la Cariharta, ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo más encarecer ?

¡ Ay ! dijo a esta sazón la Juliana. No diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito, que, con cuán malo es, le quiero más que a las telas de mi corazón, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono me ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir a buscarle.

Eso no harás tú por mi consejo replicó la Gananciosa, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en ti como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana, que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho. Y si no viniere, escribiremosle un papel en coplas, que le amargue.

Eso sí dijo la Cariharta. Que tengo mil cosas que escribirle.

Yo seré el secretario cuando sea menester dijo Monipodio; y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá a hacer dos millares de coplas en daca las pajas; y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos henchirá las medidas a todas horas. Y en la de ahora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo, que después todo se andará.

251

Fue contenta la Juliana de obedecer a su mayor, y así, todos volvieron a su gaudeamus, y en poco espacio vieron el fondo de la canasta y las heces del cuero. Los viejos bebieron sine fine; los mozos adunia; las señoras, los quiries. Los viejos pidieron licencia para irse. Dióselo luego Monipodio, encargándoles viniesen a dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente a la comunidad. Respondieron que ellos se lo tenían en cuidado, y fuéronse.

Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdón y licencia, preguntó a Monipodio que de qué servían en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados.

A lo cual respondió Monipodio que aquéllos, en su germanía y manera de hablar, se llamaban "abispones", y que servían de andar de día por toda la ciudad abispando en qué casas de podía dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la Contratación o Casa de la Moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo ponían; y en sabiéndolo, tanteaban la grosseza del muro de la casa, y diseñaban el lu-

gar más conveniente para hacer los guzpataros que son agujeros para facilitar la entrada. En resolución, dijo que era la gente de más o de tanto provecho que había en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como su majestad de los tesoros; y que con todo esto eran hombres de mucha verdad, y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada día oían misa con extraña devoción. Y hay de ellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van ahora, que se contentan con mucho menos de lo que nuestros aranceles les toca. Otros dos hay, que son palanquines; los cuales, como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho, y cuáles no.

Todo me parece de perlas dijo Rinconete, y querría ser de algún provecho a tan famosa cofradía.

Siempre favorece el cielo a los buenos deseos dijo Monipodio.

Estando en esta plática llamaron a la puerta. Salió Monipodio a ver quién era, y preguntándolo, respondieron:

252 Abra voacé, señor Monipodio, que el Repolido soy.

Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la cuya, dijo:

¡ No le abra vuesa merced, señor Monipodio ! ¡ No le abra a ese marinero de Tarpeya, a ese tigre de Ocaña !

No dejó por esto Monipodio de abrir a Repolido; pero viendo la Cariharta que le abría, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro a grandes voces decía:

¡ Quítenmele de delante a ese gesto de por demás, a ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas !

Maniferro y Chaquiznaque tenían a Repolido, que en todas maneras quería entrar donde la Cariharta estaba. Pero como no le dejaban, decía desde fuera:

¡ No haya más, enojada mía ! ¡ Por tu vida que te sosiegues !  
¡ Así te veas casada !

¿ Casada yo, malino ? respondió la Cariharta. ¡ Mira en qué te toca ! ¡ Ya quisieras tú que lo fuera contigo, y antes lo sería yo con una sptpmía de muerte, que contigo !

¡ Ea, boba replico Repolido, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso y venir tan rendido; porque vive el Dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaída que la caída ! ¡ Humíllese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo !

Y aun de cenar le daría yo dijo la Cariharta porque te llevase donde nunca más mis ojos te vieses.

¡ No os digo yo ? dijo Repolido. ¡ Por Dios que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo a doce, aunque nunda se venda !

A eso dijo Monipodio:

En mi presencia no ha de haber demasías. La Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por amor mío, y todo se hará bien. Que las riñas entre los que bien se quieren, son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces. ¡ Ah, Juliana ! ¡ Ah, niña ! ¡ Ah, Cariharta mía ! ¡ Sal acá fuera, por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas !

Como él eso haga dijo la Escalanta, todas seremos en su favor y en rogar a Juliana salga acá fuera.

Si esto ha de ir por vía de rendimiento que güela a menoscabo de la persona dijo el Repolido, no me rendiré a un ejército formado de esguízaros; mas si es por vía de que la Cariharta gusta de ello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio.

Riéronse de esto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacían burla de él, que dijo con muestras de infinita cólera:

Cualquiera que se riere o se pensare reír de lo que la Cariharta contra mí, o yo contra ella, hemos dicho o dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere o lo pensare, como ya he dicho.

Miráronse Chiquiznaque y Maniferro tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararía en un gran mal sino lo remediaba. Y así, poniéndose luego en medio de ellos, dijo:

No pasen más adelante, caballeros. Cesen aquí palabras mayores y desháganse entre los dientes. Y pues las que se han dicho no llegan a la cintura, nadie las tome por sí.

Bien seguros estamos respondió Chiquiznaque que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decían, en manos estaba el pandero que lo supiera bien tañer.

También tenemos acá pandero, señor Chiquiznaque replicó el Repolido, y también si fuere menester sabremos tocar los cascabeles; y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame, que con un palmo de espada menos hará el nombre que sea lo dicho dicho.

Y diciendo esto, se iba a salir por la puerta afuera.

254

Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo:

¡ Ténganle, no se vaya, que hará de las suyas ! ¿ No ven que va enojado y es un Judas Macarelo en esto de la valentía ? ¡ Vuelve acá, valentón del mundo y de mis ojos !

Y cerrando con él, le asio fuertemente de la capa, y acudiendo también Monipodio le detuvieron.

Chiquiznaque y Maniferro no sabían si enojarse o si no, y estuvieron quedos esperando lo que Repolido haría. El cuál, viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio volvió diciendo:

Nunca los amigos han de dar enojo a los amigos, ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos.

No hay aquí amigo respondió Maniferro que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo. Y pues todos somos amigos, dense las manos los amigos.

A esto dijo Monipodio:

Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos.

Diéronselas luego, y la Escalanta, quitándose un chapín, comenzó a tañer en él como en un panadero; la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, que allí se halló acaso, y rasgándola hizo un son, que, aunque ronco y aspero, se concertaba con el del chapín. Monipodio rompió un plato, e hizo dos tejoletas, que puestas entre los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto el chapín y a la escoba.

Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invención de la escoba, porque hasta entonces nunca la habían visto.

Conocióla Maniferro, y díjoles:

¿ Admíranse de la escoba ? Pues bien hacen, pues música más presta y más sin pesadumbre, ni más barata, no se ha inventado en el mundo; y en verdad que oí decir el otro día a un estudiante, que ni el Negrofeo que sacó a la Arauz del infierno, ni el Marión que subió sobre el delfín y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenía cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música, tan fácil de deprender, tan manera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas, y tan sin necesidad de templase; y aun, voto a tal, que dicen que la inventó un galán de esta ciudad que se pica de ser un Héctor en la música.

255

Eso creo yo muy bien respondió Rinconete; pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar.

Y así era la verdad, porque Monipodio le había rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fue la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza, cantó lo siguiente:

Por un sevillano rufo a lo valón,  
tengo socarrado todo el corazón.

Siguió la Gananciosa, cantando:

Por un morenico de color verde,  
¿ cuál es la fogosa que no se pierde ?

Y luego Monipodio, dándose gran prisa al meneo de sus tejoletas, dijo.

Riñen dos amantes; hácese la paz;  
si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque, tomando otro chapín se metió en danza y acompañó a las demás diciendo:

Detente, enojado, no me azotes más,  
que si bien lo miras, a tus carnes das.

Cántase a lo llano dijo a esta sazón Repolido, y no se toquen historias pasadas, que no hay para qué. Lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta.

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban a la puerta aprisa, y con ella salió Monipodio a ver quién era, y la centinela le dijo cómo al cabo de la calle había asomado el alcalde de la justicia, y que delante dél venían el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales.

256

Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos de manera, que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés, dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turboso silencio toda la música. Enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido y suspendióse Maniferro, y todos, cuál por una y cuál por otra parte, desaparecieron, subiéndose a las azoteas y tejados para escaparse y pasar por ellos a otra calle. Nunca disparado aracabuz a deshora, ni trueno repentino, espantó así a la banda de descuidadas palomas como puso en alboroto y espanto a toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia. Los dos novicios, Rinconete y Cortadillo, no sabían qué hacerse y estuvieronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en más de volver la centinela a decir que el alcalde se había pasado de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna.

Y estando diciendo esto a Monipodio, llegó un caballero mozo a la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio. Monipodio le entró consigo, y mandó llamar a Chiquiznaque, a Maniferro y al Repolido, y que de los demás no bajase ninguno. Como se habían quedado en el patio Rinconete y Cortadillo, pudieron oír toda la plática que pasó Mo-

nipodio con el caballero recién venido, el cual dijo a Monipodio que por qué se había hecho tan mal lo que le había encomendado. Monipodio respondió que aún no sabía lo que se había hecho; pero que allí estaba el oficial a cuyo cargo estaba su negocio, y que él daría muy buena cuenta de sí.

Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si había cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de a catorce.

¿Cuál? respondió Chiquiznaque. ¿Es la de aquel mercader de la encrucijada?

Esa es dijo el caballero.

Pues lo que en eso pasa respondió Chiquiznaque es que yo le aguardé anoche a la puerta de su casa, y él vino antes de la oración. Lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenía tan pequeño, que era imposible de toda imposibilidad haber en él cuchillada de catorce puntos; y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido y de hacer lo que llevaba en mi destrucción. . .

“Instrucción” querrá vuesa merced decir dijo el caballero, que no “destrucción”.

Eso quise decir respondió Chiquiznaque. Digo que viendo que en la estrechez y poca cantidad de aquel rostro no cabían los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, di la cuchillada a un lacayo suyo, que a buen seguro que la pueden poner por mayor de marca.

Más quisiera dijo el caballero que se le hubiera dado al amo una de a siete, que al criado la de a catorce. En efecto, conmigo no se ha cumplido, como era razón; pero no importa, poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal. Beso a vuestas mercedes las manos.

Y diciendo esto, se quitó el sombrero y volvió las espaldas para irse. Pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traía puesta, diciéndole:

Voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja; veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, o prendas que lo valgan.

257

Pues ¿ a esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra respondió el caballero dar la cuchillada al mozo habiéndose de dar al amo ?

¡ Qué bien está en la cuenta el señor ! dijo Chiquiznaque. Bien parece que no se acuerda de aquel refrán que dice: " Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can "

Pues ¿ en qué modo puede venir aquí a propósito este refrán ? replicó el caballero.

Pues ¿ no es lo mismo prosiguió Chiquiznaque decir: " quien mal quiere a Beltrán, mal quiere a su can " ? Y así, Beltrán es el mercader, voace le quiere mal, su lacayo es su can, y dando el can, se da a Beltrán, y la deuda queda líquida, y trae aparejada ejecución; por eso no hay más sino pagar luego sin apercebimiento de remate.

Eso juro yo bien añadió Monipodio, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho. Y así voacé, señor galán, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego lo trabajado; y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que puede llevar su rostro, haga cuenta que ya se la están curando.

258

Como eso sea respondió el galán, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero.

No dude en esto dijo Monipodio más que en ser cristiano; que Chiquiznaque se la dará pintirparada, de manera que parezca que allí se le nació.

Pues con esa seguridad y promesa respondió el caballero, recíbase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada. Pesa mil reales, y podría ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos antes de mucho.

Quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y dió-sela a Monipodio, que al color y al peso bien vio que no era de alquimia. Monipodio la recibió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado. La ejecución quedó a cargo de Chiquiznaque, que sólo tomó término de aquella noche.

Fuése muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó a todos los ausentes y azorados. Bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio de ellos, sacó un libro de memoria que traía en la capilla de la capa, y dió-sela a Rinconete que leyese, porque él no sabía leer.

Abrióle Rinconete, y en la primera hoja vio que decía:

#### MEMORIA DE LAS CUCHILLADAS QUE SE HAN DE DAR ESTA SEMANA

La primera al mercader de la encrucijada. Vale cincuenta escudos. Están recibidos treinta a buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque.

No, creo que hay otra, hijo dijo Monipodio; pasa adelante, y mira donde dice: Memoria de palos.

Volvió la hoja Rinconete, y vio que en otra estaba escrito: Memoria de palos. Y más abajo decía:

Al bodegonero de la alfafa, doce palos de mayor cuantía, a escudo cada uno. Están dados a buena cuenta ocho. El término seis días. Secutor, Maniferro.

259

Bien podía borrarse esa partida dijo Maniferro, porque esta noche traeré finiquito de ella.

¿ Hay más, hijo ? dijo Monipodio.

Sí, otra respondió Rinconete, que dice así:

Al sastre corcovado que por mal nonbre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía, a pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.

Maravillado estoy dijo Monipodio cómo todavía está esa partida en ser. Sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos días pasados del término y no ha dado puntada en esta obra.

Yo le topé ayer dijo Maniferro, y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el Corcovado, no había cumplido con su débito.

Eso creo yo bien dijo Monipodio; porque tengo por tan buen ofi-

cial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿ Hay más, mocito ?

No, señor respondió Rinconete.

Pues pasad adelante dijo Monipodio, y mirad donde dice: Memorial de agravios comunes.

Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

Memorial de agravios comunes, conviene a saber: redomazos, untos de miera, clavazón de sambenitas y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicación de niveles, etcétera.

¿ Qué dice más abajo ? dijo Monipodio.

Dice dijo Rinconete, unto de miera en la casa . . .

No se lea la casa, que ya yo sé dónde es repondió Monipodio, y yo soy el tuautem y ejecutor de esa niñería, y están dados a buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho.

260

Así es la verdad dijo Rinconete, que todo esto está aquí escrito. Y aun más abajo dice:

Clavazón de cuernos.

Tampoco se lea dijo Monipodio la casa, ni adónde; que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia. A lo menos más querría yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decirlo sólo una vez, aunque fuere a la madre que me parió.

El ejecutor de esto es dijo Rinconete el Narigueta.

Ya está eso hecho y pagado dijo Monipodio. Mirad si hay más, que, si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos; está dada la mitad, y el ejecutor es la comunidad toda, y el término es de todo el mes en que estamos, y cumplirás al pie de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que haya sucedido en esta ciudad de muchos tiempos a esta parte. Dadme el libro mancebo, que yo sé que no hay más, y sé también que anda muy flaco el oficio. Pero tras este tiempo vendrá otro y habrá que hacer más de lo que

quisiéremos, que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se venga nadie por fuerza; cuanto más que cada uno en su casa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él puede hacer por sus manos.

Así es dijo a esto el Repolido. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde y va entrando el calor más que de paso.

Lo que se ha de hacer respondió Monipodio es que todos se vayan a sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar y se repartirá todo lo que hubiere caído sin agraviar a nadie. A Rinconete el bueno y a Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo desde la torre del Oro, por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar a sentadillas con sus flores; que yo he visto a otros de menos habilidad que ellos salir cada día con más de veinte reales en menudos, amén de la plata, con una baraja sola, y ésa con cuatro naipes menos. Este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendáis hasta San Sebastián y San Telmo, importa poco, puesto que es justicia mera mixta que nadie se entre en pertenencia de nadie.

261

Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacía y ofreciéronse a hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato.

Sacó, en esto, Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa donde estaba la lista de los cofrades, y dijo a Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no había tintero, le dio el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: " Rinconete y Cortadillo, cofrades; noviciado, ninguno; Rinconete, floreo; Cortadillo, bajón ", y el día, mes y año, callando padres y patria.

Estando en esto, entró uno de los viejos acispones, y dijo:

Vengo a decir a vuestas mercedes cómo ahora topé en Gradas a Lobillo el de Málaga, y dícame que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo satanás; y que por venir maltratado no viene luego a registrarse y a dar la sólita obediencia, pero que el domingo será aquí sin falta.

Siempre se me asentó a mí dijo Monipodio que este Lobillo había de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita como el ingenio con que le aprende.

También topé dijo el viejo en una casa de posadas en la calle de Tintores, al Judío en hábito de clérigo, que se ha ido a posar allí, por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa y querría ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad; que de allí podría venir a mucha. Dice también que el domingo no faltará de la junta y dará cuentas de su persona.

Ese Judío también dijo Monipodio es gran sacre y tiene gran conocimiento. Días ha que no le he visto, y no lo hace bien. Pues a fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona; que no tiene más órdenes que las tiene el Turco, ni sabe más latín que mi madre. ¿ Hay más de nuevo ?

No dijo el viejo, a lo menos que yo sepa.

262

Pues sea en buena hora dijo Monipodio. Voacedes tomen esta miseria y repartió entre todos cuarenta reales y el domingo no falte nadie; que no faltará nada de lo corrido.

Todos le volvieron las gracias.

Tornáronse a abrazar Repolido y la Cariharta, la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche, después de haber alzado la obra en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde también dijo que iría Monipodio, al registro de la canasta de colar, y que luego había de ir a cumplir y borrar la partida de la miera. Abrazó a Rinconete y a Cortadillo, y echándolos su bendición los despidió, encargándoles que no tuviesen jamás posada cierta, ni de asiento, porque así convenía a la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque, a lo que creía y pensaba, Monipodio había de leer una lección de oposición acerca de las cosas concernientes a su arte. Con esto se fue dejando a los dos compañeros admirados de lo que habían visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenía un buen natural; y como había andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que había oído a Monopodio y a los demás de su compañía y bendita comunidad, y más cuando, por decir per modum sufragii, había dicho " por modo de naufragio "; y que " sacaban el estuendo " por decir estipendio ", de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un " marinero de Tarpeya " y un tigre de " Ocaña ", por decir " Hircania ", con otras mil impertinencias a éstas y a otras peores semejantes. Especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que había pasado en ganar los veinticuatro reales lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados; y, sobre todo, le admiraba la seguridad que tenían, y la confianza de irse al cielo con no faltar a sus devociones, estando tan llenos de hurtos y de homicidios y de ofensas a Dios. Y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar-hurtada, guardada en su casa, y se iba a poner las candelillas de cera a las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida. No menos le suspendía la obediencia y respeto que todos tenían a Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado. Consideraba lo que había leído en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban. Finalmente, exageraba cuán descuidada justicia había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria a la misma naturaleza, y propuso en sí de aconsejar a su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta. Pero, con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más luenga escritura, y así, se deja para otra ocasión contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideración, y que podrán servir de ejemplo y aviso a los que los leyeren.

263

FIN DE  
" RINCONETE Y CORTADILLO "